

EDUARDO.—Es una comunicación sin importancia....

ZULEMA.—¿Sin importancia? A ver... (La recoge del suelo dispuesta a leerla.)

EDUARDO.—No hace falta que las leas. Ha sido abierta y leída por tu señora mamá....

ZULEMA.—Distraída, sin duda....

EDUARDO.—Sí; he observado que estas distracciones son frecuentes en ella, porque no llega aquí carta dirigida a mí que ella no abra, para dar su visto bueno, antes que caiga en mis manos. Al menos, esta vez, ha procedido con franqueza: me ha entregado la carta abierta. Pero otras pretende disimular la violación, volviendo a pegar el sobre con engrudo o con saliva....

ZULEMA.—Pero es que ella....

EDUARDO.—(Interrumpiendo.) ella tiene grandes condiciones de dueña de casa, no lo dudo. Hace, recién, cinco días que está aquí, y ya nos manda a todos. Estas condiciones te confieso que, a mí, ya me tienen completamente frito....

ZULEMA.—¿Eduardo!

EDUARDO.—Es una persecución inaguantable. No hace otra cosa que espíarme. Llego aquí, la otra noche, a las dos de la mañana, y me la encuentro a ella — ¡siempre ella! — con batón, en el vestíbulo, y con una vela en la mano. Le hablo, y no me contesta: se hace la sonámbula... Todas las noches espera, despierta, para saber a que hora vuelvo. Y yo temo a volverme loco: en la calle, en la oficina, en todas partes, me parece que tengo clavados sobre mí, sus ojos averiguadores....

ZULEMA.—Será la conciencia que te remuerde!

EDUARDO.—Vamos, no digas tonterías... Pero, Zulema ¿es posible que hayas dejado tan por completo tu papel de ama de casa, de linda amita de nuestra casa?

ZULEMA.—Si no tuvieras de qué acusarte, no temerías. Mamá se preocupa de mi felicidad, eso es todo. ¿Esto te molesta, acaso?

EDUARDO.—Es que tu felicidad no está amenazada. Y si lo estuviera, soy suficiente yo, para evitarlo. Sé razonable, chiquita. Antes éramos más felices... (Acariciándola.)

ZULEMA.—Antes, sí... pero no he sido yo quien ha cambiado.... Quizá tú mismo no te das cuenta, pero eres otra, ahora....

EDUARDO.—Estás influenciada, Zulemita; mal aconsejada....

ESCENA V

Dichos y doña LUCINDA

Da. LUCINDA.—(A Eduardo.) Pero ¿va a venir a comer o no? Ya he recalentao la comida cuatro veces... Está aburrída la olla de pasar del horno a la mesa y de la mesa al horno. La carne está toda deflequillada y las papas parecen puré.... No es posible seguir con este desorden....

EDUARDO.—Puede dejar que se "deflequille" la carne, señora, porque ya he comido, fuera....

Da. LUCINDA.—¿Y qué hago ahora con la comida? ¿Por qué no cena otra vez? Aproveche... de todos modos se va a tirar....

EDUARDO.—Muchas gracias. No soy recipiente de residuos...

ZULEMA.—Eduardo tiene que volver a salir. No tiene tiempo....

Da. LUCINDA.—Ah! ¿Va a volver a salir?

EDUARDO.—Sí, señora, sí....

Da. LUCINDA.—¡Jesús! ¡Qué apuro! (Va a alcanzar el sombrero de Eduardo.)

ZULEMA.—(Aparte, a Eduardo.) ¿Has visto qué buena es?

EDUARDO.—Pero si lo hace para revisarme el tafilete. Lo tengo observado... ¡Señor, señor, que persecución!

Da. LUCINDA.—(Mientras Eduardo revisa rápidamente sus papeles y Zulema vuelve a observarse en el espejo.) Pero, a esta hora ¿no tendrá que ir al banco, no?

EDUARDO.—Nó, señora, nó....

ZULEMA.—(Distraídamente.) ¿Dónde vas, Eduardito?